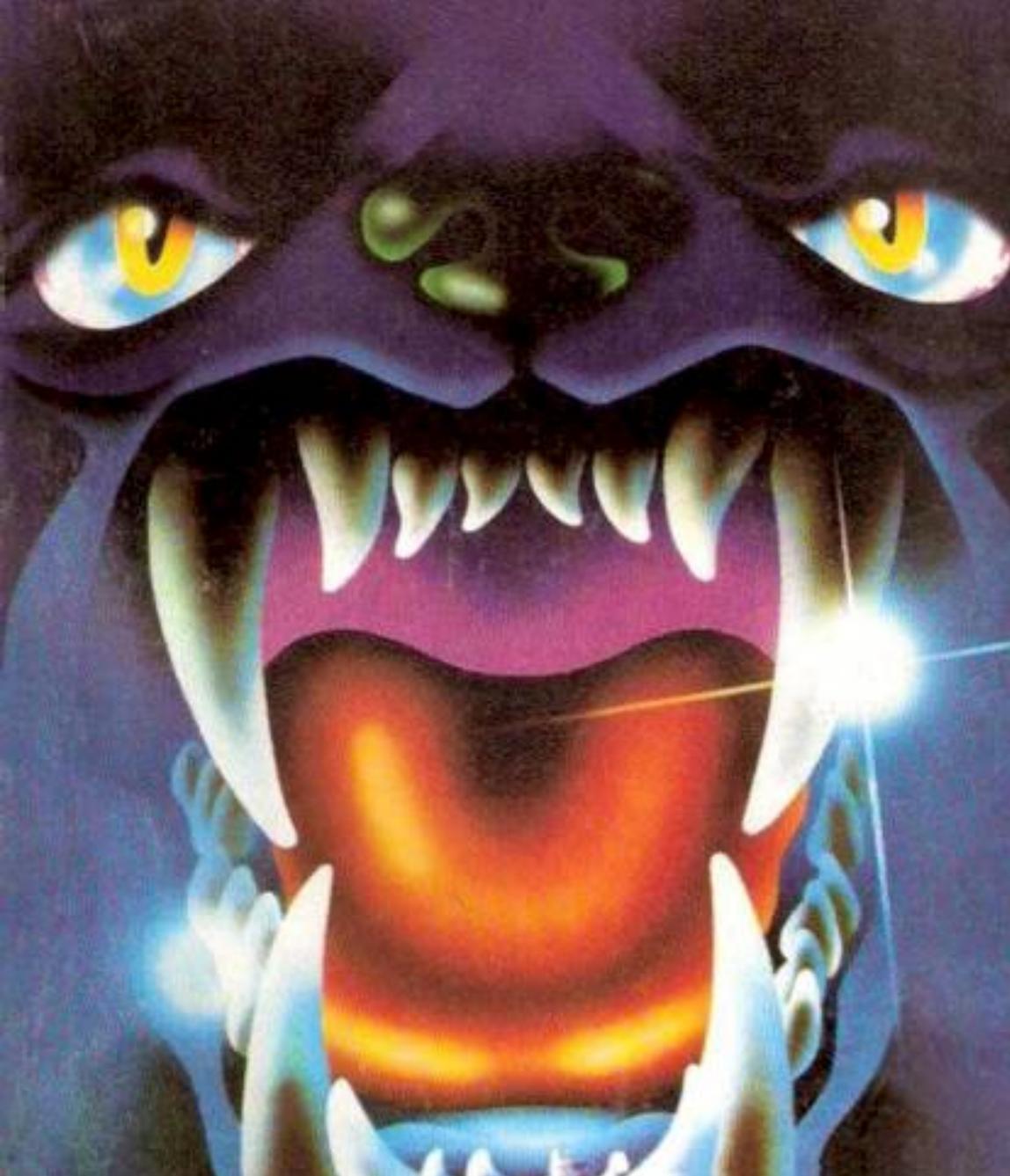


FRITZ. LEIBER
LA MENTE ARAÑA
y otros relatos

SUPER
FICCIÓN



Nacido en 1910, FRITZ LEIBER se ha distinguido desde hace más de 30 años en el campo del relato fantástico, la ciencia ficción y la fantasía heroica. Su especialidad consiste en la puesta al día de los temas fantásticos y esotéricos, irracionales en suma, dándoles una base científica. Ello le permite abarcar un abanico mucho más amplio que el de la ciencia ficción pura, lo cual explica su vigencia a través de los periodos de crisis de dicho género (como los años 50) así como el favor de públicos no estrictamente interesados en ciencia ficción.

En LA MENTE ARAÑA hemos reunido una selección de sus mejores relatos, incluyendo los pertenecientes al extenso ciclo de La Guerra del Cambio en donde Leiber ha destacado en mayor altura imaginativa y profundidad filosófica.

Nota preliminar

Hace años, cuando estaba en la Universidad de Chicago, mi habitación daba sobre las tribunas oeste del Stagg Field. Un atardecer pude contemplar una tormenta que parecía jugar sobre la pista que circunda el campo de deportes.

La naturaleza estaba desatada. El trueno no rugía ni retumbaba; gemía débilmente, cuatro segundos después de cada relámpago. Si el rayo hubiera podido rasgar los carriles del tren elevado de Chicago, pensé, hubiera arrancado de ellos un sonido similar. Varias personas lo oyeron y se estremecieron como yo.

Pasados diez años, expertos en electrónica descubrieron que en ciertas ocasiones el rayo genera una radioseñal que da la vuelta a la tierra y regresa a su punto de partida con un sonido audible.

Tal vez fuera ése el gemido que yo oí.

Pero también pasados diez años se construyó bajo las tribunas oeste del Stagg Field el horno atómico de grafito que por primera vez distribuyó a la tierra la energía de los soles. Tal vez las moléculas sintieron aquella llegada y gimieron en son de bienvenida.

Sea como fuere se trata de un mundo inquietante y maravilloso. Basta pensar en un universo infinito, estrellas que son bombas vivas de hidrógeno, trillones de mundos atómicos en un grano de polvo, selvas en una gota de agua, negros mares de espacio alrededor de cada planeta, oscuros bosques freudianos alrededor de la mente consciente...

A veces pienso que los poderes que crearon el universo tenían especial interés en resaltar su misterio.

Por eso escribo ciencia ficción.

Fritz Leiber

El futuro encantado

Durante los Años Psicóticos, mi caso más extraño fue, sin duda, el del Demonio Verde de New Angeles.

«De Los Cuadernos de Andreas Snowden».

Sería difícil imaginar un paraje más pacífico y tranquilizador, un paraje menos apto para albergar o atraer horrores, incluso en la América de los primeros años del Tranquilo siglo veintiuno, que el suburbio —o zona rural, más bien— de Civil Service Knolls. Intimo era la palabra indicada para el lugar: un relajado conjunto de quinientos hogares reunidos bajo la acogedora luz de la luna, separados de la metrópolis de New Angeles por un reborde montañoso. Con sus elegantes techos redondeados las casas individuales parecían hongos gigantes entre los nobles árboles.

También se parecían a los hongos en la forma en que crecían junto con las familias que alojaban: un piso para los recién casados, dos para los oportunamente dotados de hijos e imbuidos del espíritu comunitario, tres para los atolondrados con reproducción abundante y un feliz pasar.

Desde sus umbrales se derramaba una suave luz amarilla del matiz exacto decretado por los analistas de colores como más hogareño.

No había calles ni carreteras, sólo los sitios de aterrizaje junto a los patios, oscuros discos de cemento aromados por los pinos, que sostenían las extrañas formas con aletas de los helicópteros y los vibroplanos, asegurados para pasar la noche, como libélulas o polillas durmientes. Para los apegados a la tierra estaba la discreta entrada al subterrá-

neo. Hasta los alimentos llegaban por un tubo subterráneo directamente a la cocina en respuesta al tecleo matutino del ama de casa, habiéndose vuelto al fin subterráneo también el reparto, como los demás servicios. La basura bien masticada desaparecía por conductos inoxidables estrechamente acompañada por robustas bacterias. No había ni siquiera algún desagradable sendero marcado sobre el césped espeso y elástico: el hipnoterapeuta familiar había implantado en el cerebro de todo residente, hasta el último calvo o infante, la sugestión de que los peatones varían su camino y hacen que sus pasos sean livianos y escasos.

Ningún nightclub, ni un bar, ni una sala de reunión, ni un refugio con bongós, ni una reunión alrededor de un tocadiscos, ni un refugio con hamburguesas, ni un kiosco de periódicos, ni revistas de historietas, ni oloramas, ni un coche arreglado para correr, ni yerba, ni jazz, ni gin.

Sí, tranquilo, íntimo y seguro eran las palabras indicadas para Civil Service Knolls... un monumento rural a las actitudes cuerdas, civilizadas, progresistas.

Sin embargo el miedo estaba por abalanzarse allí de todos modos. No el miedo a la guerra, a los proyectiles atómicos, o algo así: la Tregua Fría con el comunismo ya tenía sus buenos cincuenta años. Ni el miedo a la infección física o a cualquier inhabilitante achaque orgánico: semejantes enfermedades estaban por desaparecer totalmente y hasta los funerales y las muertes —una vez más con la ayuda vital del hipnoterapeuta familiar— eran bastante placenteros o al menos momentos reconfortantes para los sobrevivientes. No, el miedo que estaba por infiltrarse en Civil Service Knolls era del tipo que debemos calificar de innombrable.

Un dueño de casa que cruzaba una extensión abierta de césped mientras paseaba de vuelta al hogar desde el subte, creyó oír un zumbido directamente sobre su cabeza. No había nada recortándose en negro contra la amplia extensión de pálido cielo lunar; sin embargo le pareció que una de las estrellas empañadas por la luna, cerca del cenit, tem-

blaba y cambiaba de lugar, como sí hubiese un remolino en el aire o el cielo. El firmamento había ondulado. ¿Y no había ahora allí dos estrellas suplementarias?... dos nuevas estrellas en el centro del remolino... ¿dos difusas estrellas rojas cercanas como un par de ojos?

No, era algo imposible; debía estar viendo visiones... ¡era su propia maldita culpa por faltar a la sesión calmante de costumbre con el hipnoterapeuta! Sea como fuere, aceleró sus pasos.

Arriba, en la oscuridad, el remolino flotó acompañándolo por un momento, luego se precipitó a tierra. El hombre oyó un zumbido más intenso, luego algo le rozó el hombro y unas garras parecieron afirmarse allí por un instante.

El hombre boqueó como alguien a punto de vomitar y saltó frenético hacia adelante.

Desde la vacía oscuridad fosforescente, a sus espaldas, le llegó un cacareo de risa horrenda.

Mientras el dueño de casa golpeaba desesperado su propia puerta de entrada, el remolino en la oscuridad se disparó hacia arriba hasta la altura de una sequoia, luego descendió sobre otra zona de Civil Service Knolls. Revoloteó durante un momento sobre la imponente residencia de dos pisos del Judistrador Wisant, osciló alrededor de la casa de tres pisos del Asegurador Harker, pero al fin bajó planeando para investigar una ventana alta poco iluminada en otra casa de tres pisos.

Dentro de la ventana una matrona atléticamente apuesta, madre de cinco hijos, se estaba preparando con tranquilidad para irse a la cama. Estaba pensando, muy satisfecha de sí misma, que: 1.- había terminado con los preparativos para la participación de su familia en el Festival Crepuscular de la Tranquilidad del día siguiente, acontecimiento importante dentro del año comunitario, 2.- había arrojado la cantidad exacta de agua fría sobre el apasionamiento de su hija mayor por el inadecuado muchacho de al lado que la visitaba (y una insinuación al hipnoterapeuta antes de la pr-

óxima sesión de su hija haría el resto); y 3.- en verdad ella no parecía más de cinco años mayor que su hija.

Sonó un golpe leve en la ventana.

La matrona se sobresaltó, se apretó el camión contra el pecho, luego apagó astutamente la luz con un ademán de la mano. Se le había ocurrido de inmediato que el inadecuado muchacho podía haber tenido la audacia de intentar visitar a su hija ilegalmente y haber confundido la ventana de los dormitorios; había leído en revistas que existían en realidad jóvenes tan salvajes y lascivos en algunas partes de América, aunque —¡Gracias Serenidad!— no como residentes fijos de Civil Service Knolls.

Caminó hasta la ventana y con un movimiento de la mano provocó la transparencia total, y con una serie de rápidos ondulamientos laterales hizo que las luces de la habitación iluminaran como reflectores.

Al principio sólo vio el espeso follaje del sicómoro, a unos metros de distancia.

Luego le pareció como si hubiera un remolino en el mazo verdor. Las hojas parecían cambiar de lugar y girar.

Luego un rostro apareció en el remolino... un rostro verde con la sonrisa burlona y colmilluda de un demonio, y ardientes ojos centelleantes que parecían mirillas gemelas dando sobre el Infierno.

La matrona aulló, giró sobre sí misma y entró al vestíbulo a velocidad máxima, gritando el número de seguridad local al teléfono, que su aullido había puesto en un estado de ensordecida alerta.

Desde más allá de la ventana llegó un repiqueteo de fría risa maniática.

Sí, el miedo había llegado a Civil Service Knolls... en realidad, decir el horror difícilmente sería exagerado.

Algunos hombres llevan vidas perfectas: ¡pobres diablos!

«Cuadernos de A. S.»

Un insistente tintineo en su muñeca izquierda despertó al Judistrador Wisant. Tendió la mano y pulsó un botón. El tintineo se detuvo. La pantalla junto a la cama se encendió con el rostro elegante y delgado de su vecino, el Asegurador Harker. Tocó otro botón, que activaba el minúsculo bajoparlante y los microaudios en su oído y garganta.

—Adelante, Jack —murmuró.

Dos segundos después de que su cabeza abandonara la almohada un tenue resplandor comenzó a brotar de las paredes del cuarto. Aumentaba en pulsaciones lentas mientras escuchaba el terso informe de segunda mano acerca de los dos incidentes más asombrosos que hubieran perturbado a Civil Service Knolls desde aquel trágico episodio de diez años atrás, cuando la hipnoterapeuta del jardín de infantes se había vuelto loca y había denunciado su psicosis sólo por las espantosas sugerencias posthipnóticas que había implantado en la mente de los infantes.

El Judistrador Wisant era un hombre imponente, sólido, de cabeza afeitada. Su cuerpo, ahora cubierto a medias por la sábana, daba una impresión de vigor adecuadamente mantenido en reserva. Las manos eran grandes y tranquilas. El rostro, una compasiva pero disciplinada máscara de cordura. Nadie que lo hubiera conocido dejaba de asombrarse cuando se enteraba más tarde que había sido su esposa, Beth, la hipnoterapeuta escolar anormal, ahora residente fija del cercano hospital mental de Bajíos Serenidad.

El dormitorio era tan desnudo e impersonal como el vestuario de un gimnasio. La pantalla, el equipo de audio, dos cortos estantes a los costados de la cama, uno de los cuales estaba ocupado por libros y tapes y papeles prolijamente apilados, una puerta—ventana oscurecida y sin cortinas que daba a un balconcito externo y que ahora estaba un poco entornada, la cama de dos plazas, desordenada exactamente hasta la mitad... eso casi completaba el inventario, salvo dos tridifotos sobre el otro estante: dos mujeres

sonrientes y de ojos trágicos que se parecían como para ser hermanas de unos veintisiete y diecisiete años respectivamente. La fotografía de la mayor llevaba la inscripción: «A mi esposo, con todo mi Embrujado Amor, Beth», la de la menor, «A su Querido Papito, de Gabby».

La pila de papeles estaba encabezada por la contratapa arrancada de una revista modestamente titulada Individualidad Ilimitada; Boletín Mensual. El fondo estaba constituido por un amontonamiento de sombrías representaciones de seres fantásticos y horripilantes: vampiros, hombres-lobo, robots humanoides, brujas, asesinas, «marcianos», enmascarados, cerebros con piernas. Una faja central gritaba: EL MES PRÓXIMO: ¡ACENTÚE EL MONSTRUO QUE LLEVA ADENTRO! En el borde inferior izquierdo había una fotografía pequeña y nítida de un joven agradable de aspecto misterioso, con la leyenda: «David Cruxon: su Monstruo Guía».

Unida a la página con un clip había una nota de agenda para el día siguiente con la angulosa letra de Joel Wísant: «A las 10: audiencia con Individualidad Ilimitada. Advertirles posibilidad de prohibición.»

La mirada de Wísant se desvió más de una vez hacia ese lugar y hacia las dos fotografías mientras oía paciente el informe de Harker. Por último dijo:

—Gracias, Jack. No, no creo que se trate de un bromista: lo que el señor Fredericks y la señora Ames han informado ver no es una ilusión comprada en una casa de chascos. Y no creo que sea, de ningún modo, algo proveniente de Bajíos Serenidad, aunque allí el apiñamiento es un problema y tendremos que hacer algo al respecto. ¿Cómo? No, no es alguien divirtiéndose con un equipo antigraavitacional... están demasiado restringidos. Y sabemos que no es nada del exterior... eso es imposible. No, me temo que el verdadero problema esté en que no es nada... nada material. ¿Te dice algo el nombre Mattoon?...

—No me sorprende, fue hace cien años. Pero una ciudad se volvió loca a causa de un merodeador imaginario; hubo una epidemia de miedo insano. Si ese tipo de cosas ocurrieran hoy podría ser mucho peor. ¿Estás familiarizado con el Informe K? No importa, puedo darte los datos principales. Estás autorizado para conocerlo y tendrás que conseguirlo. Pero estás hablando en nuestra línea privada, ¿verdad? Esto es absolutamente confidencial...

—El Informe K consiste sencillamente en las verdaderas estadísticas anuales sobre la salud mental en América. Las arregladas, que no muestran ningún cambio significativo, se han encauzado por los canales de costumbre. Jack, la incidencia real de las nuevas psicosis ha subido por encima del 15 por ciento en los últimos ocho meses. Sí, da vértigos y yo soy un viejo sabueso que mantendrá la boca cerrada. No, se ha comprobado con bastante seguridad que no se trata de virus neurológicos ni de guerra mental, por más que a los muchachos del Kremlin les gustaría vernos enloquecer y a pesar de esos rumores irracionales pero persistentes acerca de una Bomba Mental. Los análisis no son completos, pero la ola de demencia parece deberse a una variedad de motivos: cosas que se nos han ido de la mano y que debemos enfrentar drásticamente.

Mientras Wissant decía las últimas palabras, miraba la faja que decía «Acentúe el Monstruo» sobre el Boletín de Individualidad Ilimitada. Tomó un marcador, tachó en la hoja de la agenda las palabras «Advertirles posibilidad de», subrayó «prohibición» tres veces y agregó un signo de exclamación.

Mientras tanto continuaba:

—Respecto al señor Fredericks y la señora Ames, harás lo siguiente. Primero, instrúyelos para que no cuenten a nadie lo que creen que vieron (diles que es para mantener la seguridad pública) y envíalos a ver a sus hipnoterapeutas. Las mismas instrucciones a los familiares y a cualquiera a quien puedan haberles contado algo. Segundo, averigua

los nombres de sus hipnoterapeutas, llámalos a ellos y diles que se pongan en contacto con el Dr. Andreas Snowden de Bajíos Serenidad: está al tanto del Informe K y sabrá cuáles técnicas tranquilizadoras y de lavado de memoria aconsejar. Confío mucho en Snowden... por eso va a estar con nosotros mañana cuando nos enfrentemos con Individualidad Ilimitada. Tercero, no dejes que se filtre nada a la prensa: eso es vital. Debemos restringir este brote de alucinaciones antes de que se contagien otros. No necesito decirte, Jack, que tengo razones para sentirme tocado en lo hondo por una cosa como ésta —su mirada se dirigió hacia la foto de su esposa—. Eso es, Jack, somos técnicos sanitarios de la mente, tú y yo... ¡bombeamos al exterior la basura cerebral!

Una sonrisa bastante helada le subió a la cara y se quedó allí mientras volvía a escuchar a Harker.

Luego de un momento dijo:

—No, no pienso faltar al Festival de la Tranquilidad... de hecho me han elegido para conducirlo.

Siempre me siento orgulloso de hacerlo y estas celebraciones comunitarias son muy importantes para mantener cuerda a la gente. ¿Gabby? Ella también lo espera, como sólo una hermosa, dulce muchacha de diecisiete años que ha sido elegida Princesa de la Tranquilidad podría hacerlo.

Realmente se esfuerza por complacerme. Y ahora manos a la obra, Jack, mientras este viejo aprovecha para cerrar los ojos un momento más. Recuerda que te estás enfrentando con ilusiones y alucinaciones, nada real.

Wisant apagó el teléfono con el dedo. Mientras su cabeza tocaba la almohada y la luz del cuarto comenzaba a morir, asintió dos veces, como enfatizando su última advertencia.

Bajíos Serenidad, bautizado con una acertada ironía involuntaria, es un amplio territorio en la más reciente frontera americana: las Montañas de la Locura.

«Cuadernos de A. S.»

Mientras la escasa luz que se filtraba más allá de la puerta-ventana se apagaba, el remolino en la oscuridad se balanceó apartándose de la casa del Judistrador Wissant y aceleró con una especie de desesperación hacia el mar. Las casas y los prados de césped desaparecieron. Las lomas boscosas se hicieron más bajas y arenosas y pronto dieron lugar a un amplio espacio de arena sin árboles, con media docena de imponentes edificios institucionales y una ciudad de tiendas de campaña. La mayor parte de los edificios estaba a oscuras, aunque con bandas de ventanas débilmente iluminadas que señalaban los huecos de las escaleras y los corredores; la ciudad de tiendas también contaba con calles débilmente iluminadas. Más allá las fantasmales rompientes del Pacífico se distinguían apenas bajo la luz de la luna.

Bajíos Serenidad, que había sido llamado una «caja de arena para la gente grande», era uno de los hospitales mentales más amplios de la América del siglo veintiuno y ahora era evidente que se encontraba ocupado más allá de cualquier capacidad estimada previamente. Aquí vivían los esquizofrénicos comunes, los maniáticos, los paranoicos, los dañados del cerebro, unos pocos exóticos afectados de enfermedades nerviosas inducidas por radiación o de locura gravitacional provocada por el vuelo espacial o de shock cósmico, y una cantidad de otros casos especiales... aunque en realidad todos eran personas que por una u otra razón sencillamente encontraban preferible o al menos más soportable vivir con el producto de su imaginación que pretender vivir con lo que la sociedad llamaba realidad.

Esa noche Bajíos Serenidad estaba inquieto. Había más ruido, más risas y charla y sollozos, más movimiento de luces pequeñas a lo largo de los corredores y las calles, más gritos y silbidos, más reuniones nocturnas fuera de programa y vagabundeos nocturnos de pacientes y expediciones nocturnas de ayudantes, más coches para arena escurrién-

dose veloces como escarabajos con las luces delanteras parpadeantes, más emergencias de todo tipo. Podía tratarse del apiñamiento general, o de la nueva hornada de inexpertas enfermeras y ayudantes, o del rumor de que se estaban practicando lobotomías otra vez, o de los dos nuevos bares. Incluso podía tratarse de la luna llena... la luna perturbando a los «chiflados», en la mejor tradición supersticiosa.

Por lo que importa, la causa de todo podía haber sido el remolino en la oscuridad.

A lo largo del costado terrestre de Bajíos Serenidad, entre el hospital y la tierra baldía que bordeaba Civil Service Knolls, se tendía una nueva cerca de brillante alambre, electrificada en forma desagradable pero no mortal: una nueva evidencia de que Bajíos Serenidad tenía que vérselas con una cuota superior a la normal.

Yendo y viniendo a lo largo de la línea del alambrado, aunque a cien metros de altura, el remolino en la oscuridad pulsaba y giraba, alterando la luz de las estrellas. Su comportamiento daba una impresión de desesperada ansiedad, como si quisiera alcanzar a su gente pero no pudiera pasar el límite.

Desde la arruinada galería entre los edificios sólidos y las tiendas supuestamente temporarias, el Director Andreas Snowden vigilaba su reino esquizomaniaco. Era un hombre mayor con ojos adormilados y desordenado pelo blanco. Se estremeció, sintiendo un elemento extra en la inquietud de aquella noche. Luego su semblante se despejó y sonriendo con tierno cinismo, recitó para sí:

*Entrégame tus masas cansados, pobres, apiñadas,
Que ansían respirar en libertad,
El infeliz despojo de tu playa atestada.*

Envíame los sin hogar, los sacudidos por la tormenta.

Actualmente se aplica mucho más a Bajíos Serenidad que a América, pensó. Aunque no soy una diosa de cobre que sostiene una lámpara para encandilar al Dagos y no tengo la llavecita para una puerta dorada. (El Dr. Snowden era siempre decididamente tosco y poco gramatical en sus pensamientos privados, quizá como reacción a la relativa elegancia de sus declaraciones verbales. También era muy sentimental.)

—¡Oh, hola, doctor!

La mujer que avanzaba con rapidez por una esquina de la galería se había detenido de pronto.

Era difícil distinguir algo, salvo que era delgada.

El Dr. Snowden caminó hacia ella.

—Buenas noches, señora Wisant —dijo—. Es bastante tarde para que usted ande levantada y dando vueltas, ¿verdad?

—Ya lo sé, doctor, pero los rayos de pensamiento están muy fuertes esta noche y pican peor que los mosquitos. Además estoy tan excitada que de cualquier modo no podría dormir. Mañana vendrá mi hija.

—¿Ah, sí? —preguntó el Dr. Snowden con cortesía—. Es extraño que Joel no me lo haya mencionado. A propósito, mañana voy a ver a su esposo por un asunto legal.

—Oh, Joel no sabe que ella vendrá —le confió la dama—. No se lo permitiría nunca. No cree que yo sea conveniente para ella, desde que empecé a desmayarme en mis visitas a casa y... hacer cosas. Pero tampoco se trata de un complot entre Gabby y yo... ella no sabe que va a venir.

—¿Ah sí? ¿Entonces cómo va a dirigir el asunto, Señora Wisant?

—¡No trate de sonar tan normal, doctor! Sobre todo cuando sabe muy bien que no voy a hacerlo: supongo que